



EscriVid ²⁰/₂₀

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s).

EscriVid 2020. Reflexiones y escrituras en torno a pandemia(s) y asilamiento(s) / Paula Vega ... [et al.]; compilado por Guadalupe Reinoso; Alicia Vaggione.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1614-6

1. Pandemias. 2. Aislamiento Social. 3. Ciencias Sociales. I. Vega, Paula. II. Reinoso, Guadalupe, comp. III. Vaggione, Alicia, comp. CDD 303.48

Publicado por el Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC | Córdoba - Argentina

1° Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de tapa y portadas interiores: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: María Bella

Corrección de contenidos: Florencia Colombetti y Lucía Bima



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

EscriVid 2020

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s)

Compiladoras:

Guadalupe Reinoso

Alicia Vaggione

Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba



Reflexiones en tiempos de pandemia:

*hacia una pedagogía
de lo comunitario*

*María Álvarez Vallero**

En medio de la vorágine de la globalización —en la que la productividad y el mérito individual parecieran ser los únicos instrumentos para *ganarse la vida*—, una pandemia repentina e inesperada detuvo al mundo por completo. En pleno comienzo de clases, con el cronograma anual abarrotado de proyectos, actividades, exámenes y contenidos para desarrollar; de un día para el otro, se pasó de las clases presenc-

* Profesora en Ciencias de la Educación, egresada en diciembre de 2019 de la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente, se encuentra elaborando su Trabajo Final de Licenciatura titulado “Reflexiones pedagógicas en prácticas museológicas”. También, fue becaria de intercambio en la UCO (Universidad de Córdoba, España) en el año 2018; fue ayudante de alumna en la cátedra Historia Social, durante los años 2016 y 2017, y tutora en el Programa Universitario en la Cárcel (PUC-FFyH-UNC), en el penal de Bouwer durante el año 2017.



maralvarezv.12@gmail.com

les a la virtualidad con toda la confusión y el caos que eso implica. Sin embargo, lo primero que ha salido a la luz no es la necesidad de una adecuación tecnológica, sino el anhelo del encuentro y el contacto con el otro. Frente a este panorama cabe preguntarse, ¿por qué docentes, alumnos y padres insisten en el retorno a las aulas teniendo la posibilidad de actualizar la modalidad a la era digital? ¿Qué hay de irremplazable en las clases presenciales?

A seis meses del inicio del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio en Argentina, la nueva situación educativa ha demostrado que la función social de transmisión e intercambio cultural que caracteriza a la escuela sigue siendo una tarea que es inescindible del contacto con el otro. En este orden de ideas, a lo largo del trabajo se realizará un análisis descriptivo de los diferentes sentidos que se han desarrollado en torno al concepto de *educación* en las últimas décadas. Se parte de la premisa de que el modelo pedagógico actual, intrínsecamente ligado a sistemas productivistas e industriales, debe ser repensado para lograr su transformación en pos de otro que propicie la construcción de sujetos conscientes de lo comunitario, en tanto se trata del entorno vital que habitamos todos los seres humanos.

Educación en síncretis con la socialización

La educación es un fenómeno necesario e inherente a toda sociedad humana para la supervivencia de todo orden social. Sin educación, cada individuo, cada familia o grupo social tendría que reconstruir por sí solo el patrimonio de toda la humanidad.

(Gvirtz, Grinberg y Abregú, 2007, p. 14)

Partimos de entender la educación como campo disciplinar de naturaleza compleja y dinámica, lo que supone buscar las múltiples interrelaciones demográficas, ecológicas, económicas, sociales, políticas, administrativas, jurídicas en la amalgama de las diversas cosmovisiones que se construyen, permanecen y resignifican en torno a la temporalidad histórica. A tal efecto, reconocemos a la educación como manifestación de la textualidad de la totalidad social que, en su interior, muestra la heterogeneidad, la diversidad y la complejidad del texto que es nuestro mundo, tu mundo, mi mundo, el mundo.

Tal y como lo entienden Gvirtz, Grinberg y Abregú (2007), la educación es un fenómeno necesario que posibilita tanto el crecimiento individual como la reproducción social y cultural. En esta misma línea se ubica Michele Petit (2015), quien sostiene: “te presento el mundo que otros me pasaron y del que yo me apropié, o te presento el mundo que descubrí, construí, amé” (p. 21). Se trata de compartir, no de imponer, porque para que haya acto educativo tiene que haber promesa de transformación del ser, la cual muchas veces se nos escapa de todo cálculo. De ahí que “en la libertad de ese encuentro con el otro, en la libertad que tiene el otro de decidir si quiere o no entrar en el intercambio (...) donde debemos buscar el valor agregado de la experiencia de educar” (Antelo, 2005, p. 175) Esto es así dado que, para que haya encuentro con el mundo, tenemos que abrir las puertas a todas las ocurrencias que el contacto con otros depara; el acto educativo no se limita a la transmisión de conocimientos ni se restringe a la adquisición de un saber. Para que efectivamente haya acto educativo, tiene que haber intencionalidad, apetito de vínculo y promesa de transformación del ser.

Este encuentro con el mundo habilita la integración de la persona en un tiempo, en un espacio, en una cultura, en una comunidad particular. Como sujetos sociales, somos en relación con otros y, por tanto, este encuentro implica estar junto a otros diversos, pero que, a la vez, tienen algo en común. En este aspecto, la herencia de los ancestros, lo que compartimos con los contemporáneos y lo que somos capaces de construir forman parte del patrimonio colectivo que nos identifica con una comunidad y no con otra. En esta dinámica, el futuro y su problematicidad son indispensables en el proceso educativo, ya que permiten señalar una direccionalidad histórica que ayuda a superar los problemas presentes, es decir, aportan direcciones posibles hacia donde caminar. Por tanto, reconocemos a los sujetos de la educación como personas históricas que habitan la realidad y, a su vez, la transforman, abriendo la posibilidad de un mañana mejor.

Ahora bien, el vínculo entre educación y socialización surge recién a partir de los siglos XVIII y XIX con movimientos como la Ilustración, el liberalismo y la Revolución Francesa, de los cuales emergen las primeras propuestas estructuradas para organizar el sistema educativo nacional que formará al ciudadano. En palabras de Caruso y Dussel

(1999), “se fundaban en un optimismo pedagógico manifestado no sólo en la creencia de que todo ser humano era educable, sino que esa educación podía provocar los cambios económicos, sociales y políticos que la Revolución deseaba institucionalizar” (p. 92). El promotor de la escolarización masiva en Argentina fue Domingo Faustino Sarmiento, quien sostuvo la idea de que la construcción de la nación solo era perdurable si lograba civilizar la *barbarie* por medio de la educación. Sin embargo, este consenso optimista se agrietó tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se percibió que el desarrollo educativo no logró terminar con el hambre, la pobreza, la guerra y las injusticias. Fue así como se desarrolló una fuerte crítica hacia el interior de la escuela, la cual fue considerada reproductora de las relaciones de dominación en las sociedades capitalistas a través del disciplinamiento de los cuerpos y la formación para el trabajo.

Por otra parte, las últimas dos décadas y media del siglo XX han sido protagonistas de múltiples cambios sociales a raíz de la extensión de la tecnología, los medios de comunicación masivos y la informática, frente a los cuales la escuela aún sigue en proceso de revisión y readaptación. La ya conocida frase “escuelas del siglo XIX, docentes del siglo XX y alumnos del XXI” refleja el desfase generacional de la educación escolar.

La insuficiencia de la respuesta institucional a esta transformación, únicamente orientada al doble objetivo de aumentar el equipamiento tecnológico en las aulas e incrementar el uso de herramientas digitales en el dictado de las clases, quedó ampliamente demostrada en el contexto de la pandemia. El panorama educativo actual, basado exclusivamente en el uso de la virtualidad, ha evidenciado la ineludible necesidad de la vinculación con y entre los alumnos para el desarrollo pedagógico.

Educación en tiempos de pandemia

En Argentina, el 15 de marzo de 2020, a dos semanas del comienzo del ciclo lectivo, con el calendario académico repleto de metas a cumplir, se decretó la suspensión de las clases en todos los niveles. Cuatro días después, el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, dictaminado para todo el país, tomó por sorpresa a todos los miembros de la comu-

nidad educativa: padres, docentes y alumnos. Como decía Ines Dussel en el conversatorio virtual “La clase en pantuflas” (2020), organizado por Instituto Superior de Estudios Pedagógicos (ISEP) de la provincia de Córdoba:

Hubo una tendencia sobre todo en las primeras semanas de casi inundar con tareas para llenar el día a los chicos y de paso “no criticar a los docentes que no están haciendo nada”. Muchas tareas son muy largas, no están pensadas para la situación en la que están los chicos y tienen una expectativa muy alta con respecto a lo que pueden hacer.

Los dispositivos tecnológicos y los recursos digitales que ya estaban disponibles permitieron que las prácticas de educación a distancia se desplegaran casi inmediatamente. Sin embargo, el cambio abrupto puso de manifiesto un interrogante histórico de la educación: ¿cómo abordar la enseñanza ante los desafíos del contexto social? A la incertidumbre, la ansiedad y el temor propios de las actuales condiciones de emergencia, se le suma la necesidad de entornos adecuados, conectividad confiable y el manejo de tiempos, dado que el ámbito doméstico se convirtió en espacio de trabajo y aula a la vez. Por un lado, en los casos del jardín de infantes y de la escuela primaria, los padres debieron dedicar más tiempo del habitual para acompañar a sus hijos en las tareas escolares; por otro, en el nivel medio, superior y universitario los estudiantes debieron desarrollar el aprendizaje autónomo. El factor común a todos los niveles educativos fue el monopolio de la pantalla y los *software* informáticos: todos los vínculos, encuentros y reuniones, en definitiva, el encuentro con el mundo, fue monopolizado por estos y, por supuesto, por las grandes empresas que los ofrecen.

Google, Facebook, Zoom y Netflix son algunos ejemplos de cómo se direcciona y mercantiliza nuestra mirada del mundo. El elemento oculto detrás de esto es que lo que se refleja en las redes sociales no es más que un fragmento de la realidad, orientado por los algoritmos de estas empresas cuyo objetivo es, naturalmente, maximizar sus ganancias, y se deja de lado la riqueza de la diversidad. Asimismo, la simultaneidad que permiten los dispositivos móviles, el estar y no estar a la vez, implica nuevos desafíos, sobre todo, en torno a la enseñanza, puesto que ahora podemos responder mensajes por WhatsApp durante una clase, ver el noticiero mientras se cocina o festejar un cumplea-

ños a kilómetros de distancia. Sin embargo, esta hiperconexión tiene su costo. El contacto con el exterior se restringe a lo que una pantalla con cámara y audio pueda transmitir, mientras que los vínculos cercanos están bombardeados de información las 24 horas.

En este marco, la mudanza urgente de la educación al entorno virtual encontró dos grandes escollos. Por un lado, la ausencia o mala conectividad a internet de los alumnos, lo cual dificulta enormemente el contacto con los docentes. Según el estudio “COVID-19 en Argentina: impacto socioeconómico y ambiental” (2020) de Naciones Unidas, el 18 % de los adolescentes de entre 13 y 17 años no cuenta con internet en el hogar, y el 37 % no dispone de dispositivos electrónicos para realizar las tareas escolares, valor que trepa al 44 % entre quienes asisten a escuelas estatales. Por otro lado, la alfabetización digital en la formación docente (deuda pendiente desde antaño), ante la inmediatez del panorama actual, demanda un fuerte acompañamiento y asesoramiento a quienes se encuentran en contacto directo con el alumnado.

Sin embargo, lejos de ser un *año perdido*, como se suele escuchar, la proliferación de conversatorios virtuales con educadores de todo el mundo y la cantidad de material que se está construyendo colectivamente en estos momentos lleva a pensar que estamos viviendo un tiempo de profunda reflexión y revisión hacia el interior del campo educativo. En palabras de Hannah Arendt (1993), “una crisis nos fuerza a volver sobre las preguntas y nos exige respuestas” (p. 40) para transformar la realidad en la que estamos inmersos y caminar hacia adelante.

Reflexiones pedagógicas en tiempos de pandemia

“Sin poder siquiera negar la desesperanza como algo concreto y sin desconocer las razones históricas, económicas y sociales que la expliquen, no entiendo la existencia humana y la necesaria lucha por mejorarla sin la esperanza” (Freire, 2015, p. 24). Frente al panorama desalentador de incertidumbre, vemos indispensable recuperar la esperanza que propone Freire como ese impulso transformador de la realidad. En

consecuencia, cabe destacar los aspectos positivos que han salido a la luz en el campo educativo durante este período.

En primer lugar, la producción y recreación del oficio de enseñar en la virtualidad. Si bien los recursos ya estaban disponibles, muchos docentes se resistían a su implementación por temor o desconocimiento. No obstante, al convertirse en la única alternativa, padres, docentes y alumnos debieron repensar el uso de las tecnologías en beneficio de la enseñanza. El escenario inédito que estamos atravesando dio lugar a considerar nuevos modos de enseñanza y aprendizaje que trascienden el aula. Las herramientas interactivas disponibles en la web y las plataformas digitales han despertado la creatividad de los docentes en la producción de material didáctico para atender a las demandas del contexto. Además, el acceso a la información a través de un único dispositivo con conexión de internet y la posibilidad de dar clases a distancia sin los gastos de movilidad da una nueva alternativa para la inclusión educativa, especialmente, en regiones alejadas de las urbes.

En segundo lugar, los encuentros colectivos entre los actores de los distintos eslabones del sistema educativo se multiplicaron y fortalecieron. La virtualidad y la necesidad de buscar alternativas impulsaron el trabajo horizontal entre docentes, directivos, psicopedagogos, inspectores e investigadores. La tecnología posibilitó intercambios que, en el trajín de la cotidianidad en las instituciones, eran impensados y facilitó el intercambio de recursos y saberes. En palabras de Liliana Abrate (2020) en el encuentro virtual de NEXOS “Construyendo juntos la educación que nos falta”:

Nunca como antes pudimos ver cómo se fue concretando la tan mencionada construcción colectiva. Lejos de debilitar el trabajo por proyectos, la virtualidad lo fortaleció. Se pusieron en común los dispositivos, se intercambiaron recursos, se encontraron en los conversatorios docentes y estudiantes del nivel superior.

En tercer lugar, el aislamiento puso de manifiesto la necesidad social del encuentro con los otros y, por tanto, de la construcción de lo común. Este período de vulnerabilidad ha sido propicio para revalorizar los distintos roles que cada sujeto cumple en la sociedad: médicos, docentes, personal de limpieza, camioneros, cajeros de supermercado y almaceneros, todos somos necesarios para que la vida en comunidad

sea posible. La imposibilidad de salir de los hogares y la obligación de cuidarnos unos a otros cambiaron el foco puesto en el propio yo —característico del individualismo posmoderno— para volver a mirar a los otros que nos rodean. La saturación de las pantallas y el distanciamiento físico prolongado llevó a añorar los encuentros cara a cara. Si bien la virtualidad permite el trabajo con el conocimiento, hay algo del cuidado, la afectividad y el encuentro con el mundo que solo es posible en la convivencia con otros por fuera de la familia. Las escuelas, los museos, las bibliotecas, las plazas, los clubes son solo algunos ejemplos de espacios donde la confrontación con lo diverso, el compartir cotidiano y los vínculos se construyen en el estar con otros.

Para concluir, entiendo que es imperativo superar la polarización de la realidad, dado que los matices o intersticios, como expresa Remedi (2004), son justamente los que habilitan el cambio y la transformación. No se trata de desechar todo lo anterior o de empezar de cero; se trata de repensar, reconstruir, reformular la educación, reconociendo los aprendizajes del pasado para construir un futuro mejor.

Hacia una pedagogía de lo comunitario

La educación es el lugar en que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir su responsabilidad y, por la misma razón, salvarlo de esa ruina que, de no ser por este renovarse, de no ser por la llegada de lo nuevo y joven, sería inevitable. Y la educación también está donde decidimos si amamos a nuestros hijos lo suficiente como para no expulsarlos de nuestro mundo y dejarlos a merced de sus propios recursos, para no arrebatarnos su oportunidad de emprender algo nuevo, algo que no hemos previsto, sino prepararlos con antelación para la tarea de renovar un mundo común.

(Arendt, 1993, p. 53)

Nadie sabe decir cuándo y cómo se regresará a los espacios educativos presenciales, pero sí sabemos que de esta crisis, porque la pandemia lo es, no vamos a salir iguales. Podemos quedarnos con los aprendizajes y caminar hacia adelante o estancarnos en lo que faltó. Si bien es cierto que el sistema educativo, especialmente desde finales de siglo pasado, ha operado como reproductor de injusticias que en algún momento

aspiró a erradicar, no se puede desconocer que es uno de los pocos ámbitos públicos donde la persona hace experiencia de lo comunitario.

Los espacios educativos, como la escuela, la universidad o el museo, hacen de puente entre el entorno íntimo de la familia y lo compartido con el mundo. Por ello, entendemos la escuela como un espacio y un tiempo que se organizan en torno a una actividad donde se adquiere el lenguaje específico de la cultura. Esto implica la crianza respetuosa y el cuidado de las nuevas generaciones, dando lugar a la figura de la escuela como hogar. Es decir, el lugar donde la ciudadanía aprende a dar los primeros pasos y a ejercer la propia voz. Descubrir que nuestra existencia requiere de muchas existencias es algo valioso que la escuela sigue aportando.

Desde este lugar, proponemos la pedagogía de lo comunitario como el oficio de amor al mundo que nos impulsa a compartirlo y resguardarlo, pero que también da lugar a la renovación por parte de las nuevas generaciones. Asumir la responsabilidad de que nuestra existencia afecta a otras existencias y que esta, a su vez, modifica y transforma el entorno material que nos rodea aparece como un modo de superar el individualismo actual.

Durante décadas, la idea del progreso económico nos hizo perder noción de las consecuencias ambientales y sociales que este trae aparejados. La explotación ilimitada de recursos naturales y humanos hoy se traduce en la muerte innecesaria de muchos seres vivos en la Madre Tierra, nuestro hogar común, tal como lo defienden los pueblos indígenas y campesinos de todo el mundo, hoy también apoyados por los movimientos ecologistas y la teología ecológica. En ese sentido, es preciso promover, desde la educación, una conciencia sobre los daños sociales y ecológicos que ciertas actividades económicas generan en el mundo. Como casa común, debemos cuidarla e intentar mitigar la crisis climática que afecta a toda la humanidad.

Pero, la educación también implica decidir si amamos a nuestros hijos lo suficiente como para no expulsarlos de nuestro mundo. Por lo tanto, los educadores tenemos la responsabilidad de cuidar las nuevas generaciones desde el respeto a la diversidad, sin la imposición de la propia mirada. Para que esto sea posible, es indispensable recuperar los espacios de diálogo, de intercambio de ideas, de confrontación con el docente y de ejercitar la pregunta que interpela. El diálogo, en pala-

bras de Freire (1984), es “el encuentro amoroso de los hombres que, mediatizados por el mundo, lo pronuncian, esto es lo transforman y transformándolo, lo humanizan para la humanización de todos” (p. 22). Este encuentro amoroso implica acoger y recibir a un otro diferente a mí en un tiempo y espacio específicos. Pero para que esto sea posible, es indispensable la copresencia de los cuerpos por fuera del microentorno familiar. De ahí que una de las demandas educativas es el retorno a las aulas, que seguramente será gradual, con tiempos de clase acotados, grupos de alumnos reducidos e intercalando la presencialidad con los recursos digitales incorporados durante la pandemia. Lo importante es volver a los inicios y recuperar el sentido de la educación en la sociedad. La virtualidad ha llegado para quedarse, sin embargo no debemos perder lo esencial del encuentro cara a cara que abre las puertas al mundo.

La idea de la construcción de un mundo común invita al retorno de las formas comunitarias como modo de combatir la individualidad que fragmenta la vida en sociedad. En efecto, sabemos que la sociedad occidental moderna ha hecho grandes avances en ciencias como la psicología y la medicina que permitieron conocer más profundamente los males que aquejaban al individuo, dando lugar a que cada vez más los sujetos puedan valerse por sí mismos. Sin embargo, con el paso del tiempo, esta autosuficiencia llevó al extremo de creer que no es necesario el contacto con el otro y pensar que casi todo se puede hacer desde el hogar a través de una pantalla.

Las leyes como reflejo del sentir de las sociedades acompañaron estos avances y permitieron individualizar, privatizar y mercantilizar cualquier nuevo conocimiento y práctica. Es el caso de la vacuna contra el COVID-19, con los laboratorios más preocupados por patentar la fórmula que los va a enriquecer que por remediar un mal mundial que nos aqueja a todos.

Cabe subrayar que esta forma individual de ver el mundo y de relacionarse con él omite las consecuencias comunitarias que afectan, especialmente, a los que menos recursos poseen. La depredación de los mares por parte de grandes empresas afecta a las comunidades de pescadores que se ven privados de sus medios de subsistencia. Lo mismo pasa con la tala indiscriminada de bosques, el crecimiento de las fronteras agrícolas y el diseño de grandes loteos en zonas de gran

riqueza natural. Ese tipo de explotación no solo conlleva efectos ambientales negativos —al reducir el monte, su biodiversidad, los suelos y su capacidad de absorción del agua—, sino también económicos, al concentrar la propiedad de la tierra en manos de pocos, imposibilitando el acceso de grandes masas poblacionales.

En este contexto, la pandemia es un paréntesis propicio para repensar nuestros actos como sociedad. Es hora de reflexionar sobre nuestras praxis, sobre qué cosas nos ayudaban como sociedad y cuáles no. Resurge con fuerza la idea de lo comunitario y la construcción de un mundo común que tenga en cuenta la diversidad de culturas, sujetos y ambientes. Es necesario romper con la homogeneidad ideológica para entrar en diálogo con otras cosmovisiones y pueblos que hace miles de años subsisten en armonía con el ambiente y su comunidad. No significa desechar todo lo aprendido, más bien implica aprender del otro para enriquecer lo propio, dar matices y nuevos puntos de vista. Sabernos parte de un hogar común repleto de rostros, formas y miradas diversas. En este sentido, la pedagogía, en su dimensión comunitaria, podría ser vista como un camino que pasa del hecho educativo a la reflexión y el saber que surge en y para la comunidad. Es decir, es la práctica educativa que acerca y transmite saberes a las comunidades enriqueciéndose de las experiencias que la praxis produce.

Ahora bien, ¿cómo es posible materializar la pedagogía de lo comunitario? Existen diversas experiencias locales que pueden servir de inspiración para otros proyectos. Huertas comunitarias, talleres de oficio, cooperativas de trabajo, mingas para construcción de hogares, ferias de emprendedores son solo algunos ejemplos. En concreto, en el ámbito educativo, tenemos la universidad popular que acerca los saberes a comunidades alejadas de las grandes ciudades y que, a su vez, se nutre con la vivencia y experiencia de las personas que viven allí. La escucha de las demandas de la comunidad y la retroalimentación con los propios saberes científicos de la universidad son fuente de construcción colectiva del conocimiento.

En el retorno a las aulas, es indispensable dar lugar a plenarios y asambleas de estudiantes donde puedan compartir ideas, debatir propuestas y pensar en conjunto soluciones para el entorno común. Cada vez son más los proyectos de extensión de práctica sociocomunitaria de la Universidad Nacional de Córdoba y las propuestas educativas

desde museos, bibliotecas y escuelas que buscan abrir las puertas a las familias y a la comunidad en la cual están situadas, como es el caso del “Programa Escuela, Comunidad y Familia” del Ministerio de Educación de Córdoba. Finalmente, en cuanto al problema de la conectividad — tan palpable en los últimos meses —, tenemos el caso de la asociación civil Alter Mundi¹ que, desde el 2012, extiende una red comunitaria de internet para la localidad José de la Quintana (a 54 kilómetros de la ciudad de Córdoba), cuya cobertura no es rentable para las empresas de comunicaciones.

Sin dudas, la respuesta a los nuevos desafíos educativos no está en el optimismo exacerbado del surgimiento del sistema educativo, donde *la educación era la solución a todos los problemas* ni en el pesimismo posmoderno del darse por vencido porque *nada vale la pena*. Creemos más útil recuperar la idea de optimismo localizado que proponían Caruso y Dussel (1999) veinte años atrás; esto es el constante ejercicio de repensar la práctica en el contexto particular y único de la comunidad en la que se está trabajando.

Quizás lo que hemos denominado “el malestar de la cultura pedagógica” es aquello para lo que todavía no tenemos las palabras y los conceptos. Hay que crear nuevas palabras y nuevos vínculos para nombrar todo lo que nos está pasando y para poder habilitar nuevas experiencias. (p. 102)

Se trata de escuchar a los mayores, aprender de las vivencias pasadas pero también cuestionar lo establecido y dar lugar a la novedad. Es un camino largo que lleva toda la vida, porque es propio de la existencia del hombre el estar siendo en y con el mundo que envuelve su relación con el mundo y su acción sobre él (Freire, 1984). La educación como rasgo esencial de la cultura constituye una ocupación y una preocupación de toda la sociedad. Todos sabemos algo de ella, todos podemos enseñar algo, dirigir y orientar de alguna forma a los demás; por ello, la entendemos como práctica compartida.

1 Para más información, ver: <http://radarlibre.com.ar/experiencias/altermundi/>

Bibliografía consultada

- Abrate, L. [Programa Nexos UNC]. (2020, septiembre). 1º Encuentro del Ciclo de debates: *Construyendo juntos la educación que hace falta* [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=6kyMD8mqtRo>
- Antelo, E. (2005). Notas sobre la (incalculable) experiencia de educar. En G. Frigerio & G. Diker, *Educación: ese acto político* (pp. 173-182). Del estante editorial.
- Arendt, H. (1993). La crisis de la educación. *Cuaderno gris, Época II*, 7, 38-53.
- Caruso, D. & Dussel, I. (1999). *De Sarmiento a los Simpsons. Cinco conceptos para pensar la educación contemporánea*. Kapelusz.
- De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. CLACSO. http://209.177.156.169/libreria_cm/archivos/La-cruel-pedagogia-del-virus.pdf
- Dussel, I. [ISEP]. (2020, 23 de abril). *La clase en pantuflas* [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=6xKvCtBC3Vs>
- Freire, P. (1984). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. Siglo Veintiuno Editores.
- Freire, P. (2015). *Pedagogía de la esperanza: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Siglo Veintiuno Editores.
- Gvirtz, S., Grinberg, S. & Abregú, V. (2007). De qué hablamos cuando hablamos de educación. En *La educación ayer, hoy y mañana. El ABC de la Pedagogía* (pp. 13-36). Aique.
- Organización de las Naciones Unidas. (2020, 19 de junio). *COVID-19 en Argentina: impacto socioeconómico y ambiental. Análisis Inicial de las Naciones Unidas*. <https://www.onu.org.ar/stuff/Informe-COVID-19-Argentina.pdf>

- Petit, M. (2015). *Leer el mundo. Experiencias de transmisión cultural*. Fondo de Cultura Económica.
- Remedi, E. (2004, 28 de marzo-2 de abril). *La intervención educativa* [conferencia]. Reunión Nacional de Coordinadores de la Licenciatura en Intervención Educativa de la Universidad Pedagógica Nacional, DF, México.